

marcial, su equipo de campaña y sus capotes grises gastados por la victoria!

He aquí ahora á la guardia imperial con los generales Regnán de Saint-Jean d'Angely, Mellinet y Maneque, que desfila en el orden siguiente: el batallón de cazadores de infantería, el regimiento de zuavos, los dos regimientos de tiradores, la artillería y los ingenieros, los dos regimientos de granaderos y el de gendarmería.

Cada regimiento va precedido de su música y de una tropa de soldados sin armas, con gloriosas heridas, y estos soldados profieren gritos de «¡Viva el emperador!» con más energía aún que los válidos. En el rostro de Napoleón III se pinta una expresión de agradecimiento, y sus facciones, de ordinario impasibles, se iluminan. Hacía largo tiempo que la población parisiense no había asistido á una solemnidad tan hermosa y conmovedora.

XLVII

EL PRINCIPIO DE 1856

El 1.º de enero de 1856 nadie podía decir aún si el año sería belicoso ó pacífico. El día 15 hubo en París una gran solemnidad militar: la distribución por el duque de Cambridge de la llamada medalla de Crimea, que la reina acababa de instituir. Con este motivo, Napoleón III pasó en la plaza del Carrousel y en el patio de las Tullerías la revista de las tropas procedentes de Crimea, que formaban dos magníficas divisiones, una de la guardia, á las órdenes del general Mellinet, y la otra de línea, al mando del general Forey. El general Regnán de Saint-Jean d'Angely tenía el mando superior.

El emperador tenía á sus lados al duque de Cambridge y al príncipe Napoleón; en su estado mayor veíanse muchos generales ingleses y varios de los héroes franceses de Crimea: los generales Canrobert, Bosquet, Niel y Espinasse: la emperatriz se hallaba en el balcón de la sala de los Mariscales. Después de pasar por delante del frente de las tropas, el estado mayor se detuvo bajo aquel balcón; el duque de Cambridge se adelantó algunos pasos á los oficiales y soldados que debían recibir la medalla, y pronunció en francés la siguiente alocución: «S. M. la reina de Inglaterra se ha dignado encargarme que presente á los generales, oficiales y soldados del ejército francés, nuestros bravos y dignos compañeros, estas medallas, como emblemas del aprecio y amistad que existe entre las dos naciones y de la admiración que S. M. y el pueblo inglés han sentido al ver los gloriosos hechos de armas del ejército de Oriente. En las grandes batallas de Alma, de Inkermann y de Sebastopol fué donde se consagró la alianza por los dos ejércitos. ¡Quiera Dios que esta gran alianza continúe siempre en beneficio y gloria de ambas naciones! En cuanto á mí, queridos compañeros, el honor que se me ha conferido es tanto mayor cuanto que serví con vosotros y he visto con mis propios ojos vuestra bravura y la abnegación con que resististeis tantas fatigas y peligros. Doy sinceras gracias al emperador por su bondad al confiarme el honor de distribuir estas medallas en su presencia.»

El discurso del pariente de la reina Victoria fué acogido con los gritos unánimes de «¡Viva la reina! ¡Viva el duque de Cambridge!» El duque se apeó entonces, y rodeado de sus ayudantes de campo distribuyó por su propia mano á los generales, oficiales y heridos del ejército de Oriente la medalla de plata, que tiene en un lado la efigie de la reina de Inglaterra y en el otro la figura del dios

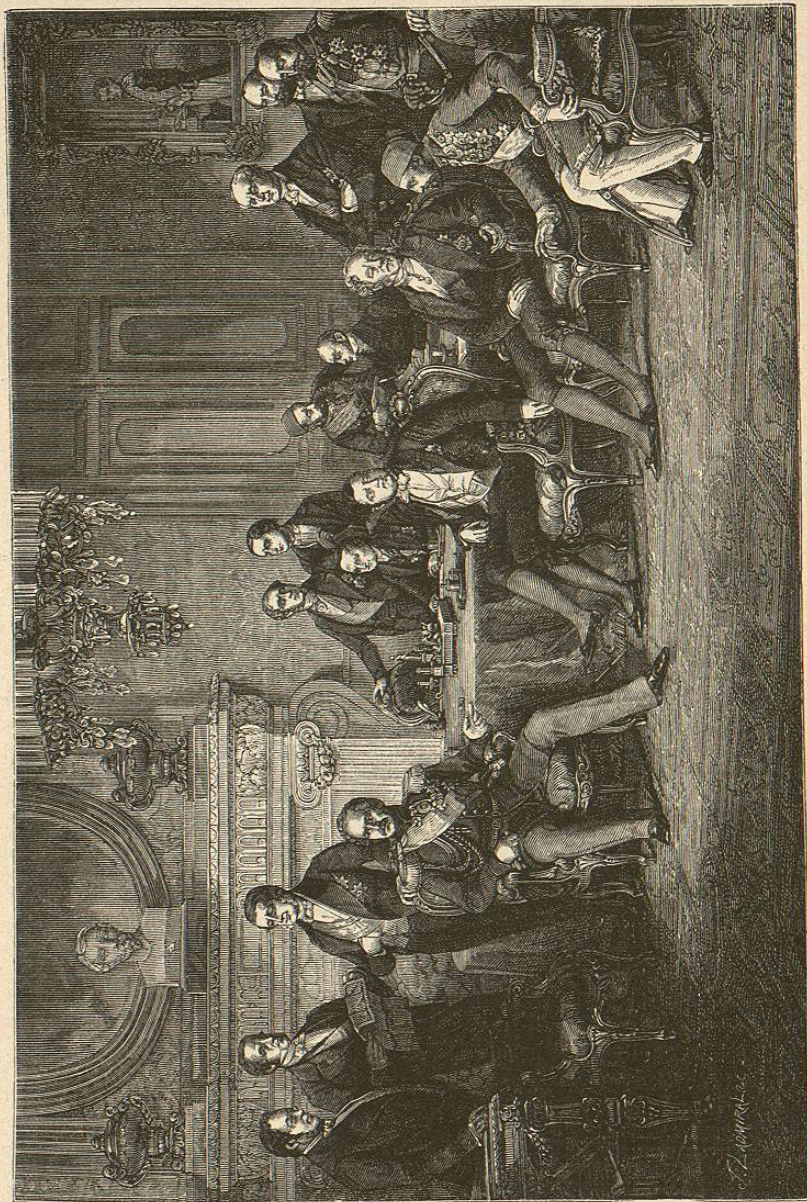
de la guerra coronado por la Victoria con la palabra «Crimea.» Después de esta distribución se efectuó el desfile con un orden notable, y la multitud mezclaba sus aclamaciones con las de los soldados.

En Crimea, el ejército francés, siempre reforzado con nuevos contingentes, contaba en aquel momento 143.000 hombres, de los cuales se contaban 6.500 para el arma de caballería. Negociábase la paz, pero no se hacían menos activamente preparativos para continuar la guerra. En París, la alegría del público fué grandísima cuando el 18 de enero se leyó en el *Moniteur* esta noticia: «París, 17 de enero. El ministro de Negocios extranjeros ha recibido esta mañana del ministro de Francia en Viena el telegrama siguiente: «Viena, 16 de enero. El conde Esterhazy escribe hoy desde San Petersburgo que M. de Nesselrode acaba de notificarle la aceptación pura y simple de las proposiciones contenidas en el ultimátum, las cuales deberán servir de preliminares de paz.»

Napoleón III, cuyos sentimientos eran entonces muy pacíficos, quedó profundamente conmovido por la buena noticia. El conde Horacio de Viel-Castel ha escrito en sus Memorias: «Al recibir el emperador el telegrama que contenía la aceptación de las proposiciones por Rusia, no fué dueño de reprimir su emoción. El médico Reyer, que estaba presente, vió al emperador palidecer, y después el soberano le dijo: — Necesito sentarme, doctor, leed eso y no os sorprenderéis. — Por la noche (17 de enero) vi al emperador y á la emperatriz en el baile, en casa de la princesa Matilde, y ayer, 18, la emperatriz dió un pequeño sarao, al que se iba de frac, calzón corto ó pantalón ceñido.»

El *Moniteur* del 2 de febrero dió detalles sobre la vía pacífica en que se acababa de entrar. Rusia hubiera podido resistir aún si no hubiese tenido en contra suya más que Francia, Inglaterra, Turquía y Cerdeña; pero desde el momento en que el gobierno del emperador Francisco José envió su ultimátum, comprendióse en San Petersburgo que una lucha contra cinco potencias sería demasiado desigual. A lo que se llamaba los *Cuatro puntos*, es decir: primero, sustitución del protectorado colectivo de las potencias al protectorado ruso en los Principados Danubianos; segundo, libertad de la navegación del Danubio; tercero, garantía de la independencia del imperio Otomano; y cuarto, renuncia de Rusia á toda intervención exclusiva sobre los súbditos cristianos del sultán, Austria había agregado un quinto punto, la neutralización del mar Negro, notificando al gobierno de San Petersburgo que si no aceptaba estas cinco proposiciones como preliminares de la paz, rompería sus relaciones diplomáticas con Rusia. Este ultimátum fué, preciso es reconocerlo así, el que puso fin á las hostilidades. Un protocolo firmado en Viena el 1.º de febrero consignaba el acuerdo de las partes, estipulando que los plenipotenciarios se reunirían dentro de tres semanas, á más tardar, para firmar los preliminares, concluir un armisticio y entablar la negociación general.

Napoleón III, deseoso de dar una prueba de su moderación, propuso desde luego Bruselas como punto de reunión; el emperador de Rusia optó por Franc-



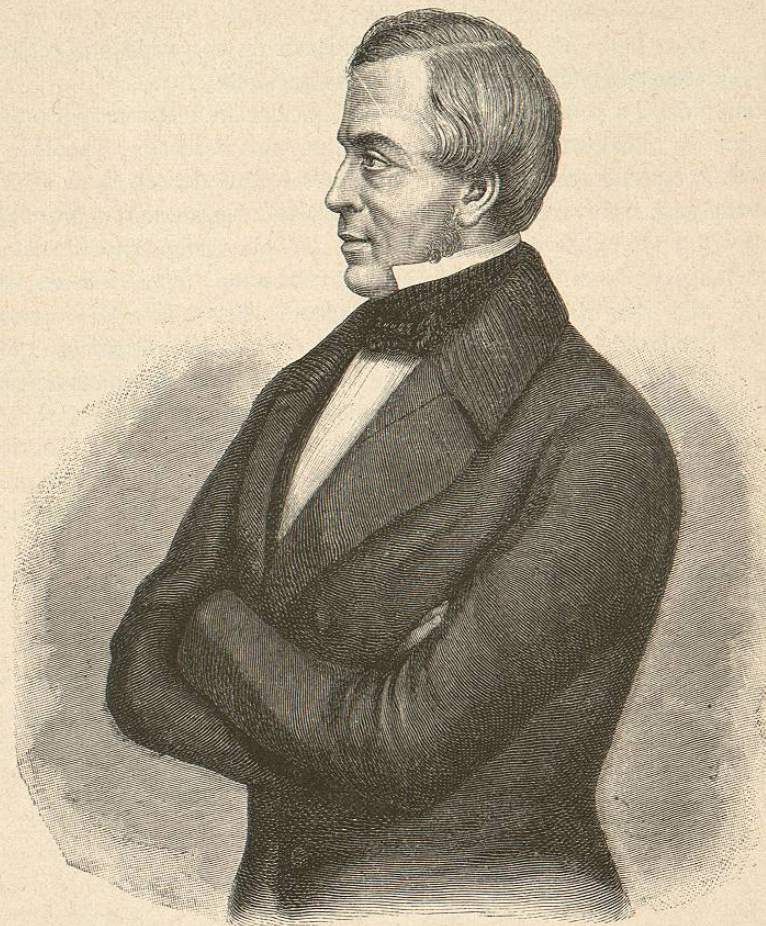
Congreso de plenipotenciarios en París para negociar la paz entre Francia y Rusia en 1856

fort, entonces residencia de la Dieta germánica; y en el último instante la elección de París reunió todos los sufragios. Era para los plenipotenciarios un placer ir á una capital tan brillante y tan á la moda.

La primera sesión del congreso se verificó el lunes, 25 de febrero de 1856. Los primeros plenipotenciarios de Francia eran el conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, y el barón de Bourqueney, ministro de Francia en Viena. Los otros plenipotenciarios eran: por Inglaterra, lord Clarendon y lord Cowley; por Austria, el conde de Buol y el barón de Hubner; por Rusia, el conde Orloff y el barón de Brunnow; por Turquía, Alí-Bajá y Djemil Bey; y por Cerdeña el conde de Cavour y el marqués de Villamarina: Prusia no tenía aún representante en el congreso. El conde Walewski fué elegido presidente por unanimidad, y se confiaron las funciones de secretario á M. Benedetti. El primer acto del congreso fué la conclusión de un armisticio que debía durar hasta el 31 de marzo.

El ministro de Negocios extranjeros en Francia tenía entonces verdadero prestigio, y la diplomacia se beneficiaba de los triunfos del ejército. El hotel, ó mejor dicho, el palacio del muelle de Orsay, no se había inaugurado hasta hace pocos meses, y la primera vez que le visitó el emperador exclamó: «Mi querido ministro, tenéis mejor alojamiento que yo.» Era un local magnífico para la reunión de un congreso. Por la noche hubo en el ministerio un concierto, al que asistieron todos los plenipotenciarios. Yo había sido agregado á la dirección de política el 1.º de septiembre de 1855, y recuerdo hasta qué punto, en mi ardimiento de neófito, me consideré feliz al ser invitado á semejante fiesta. Con sus muebles completamente nuevos y sus molduras deslumbradoras, los salones brillaban. La linda y graciosa condesa Walewski hacía los honores admirablemente, y el concierto fué escogidísimo. Se aplaudió á Mario, al tenor gran señor; á la Frezzolini, la inspirada diva; y Mario cantó deliciosamente en italiano la romanza de la *Favorita*, *Spirto gentile*. El dúo del *Elisir d'amore*, cantado por él y la Frezzolini, fué una maravilla. «Esperamos, decían los *dilettantes*, que el concierto europeo será tan armonioso como el que acabamos de oír.» No se hablaba mucho de los segundos plenipotenciarios porque se les conocía ya; mas los primeros, el conde Orloff, lord Clarendon, el conde de Buol, Alí-Bajá y el conde de Cavour, llamaban la atención general. El que producía seguramente más efecto era el conde Orloff (después príncipe): su arrogante presencia, su elevada estatura, su noble aspecto, atraían todas las miradas. Aunque septuagenario, apenas representaba cincuenta años. Aquel majestuoso anciano, de modales tan nobles y dignos, era un tipo acabado del militar, del diplomático y del cortesano. Su aspecto personal producía tal impresión, que gracias á él, se hubiera podido creer que Rusia era la potencia victoriosa. Las simpatías francesas se inclinaban ya hacia los rusos y se tenía el presentimiento de la buena inteligencia futura. Ya comenzaban á preguntarse, hasta en París, si la guerra de Crimea había sido realmente necesaria, y si no debía considerarse co-

mo una heroica, pero funesta mala inteligencia. Los partidarios, así como los detractores de aquella sangrienta lucha, felicitábanse, por lo mismo, de ver su término. Oíase con verdadera alegría que el armisticio era ya cosa hecha aquel mismo día, y Francia volvía á ser la más pacífica de las naciones.



Lord Cowley

El día 3 de marzo se abrió la legislatura en las Tullerías, en la sala de los Mariscales. El discurso del trono era pacífico, aunque admitiendo la posibilidad de una continuación de la guerra, y concluía así: «Los plenipotenciarios de las potencias beligerantes y aliadas están reunidos hoy en París para determinar las condiciones de paz. El espíritu de moderación y de equidad que á todos anima debe hacernos confiar en un resultado favorable; mas esperemos con dignidad el fin de las conferencias, manteniéndonos igualmente dispuestos, si es preciso,

bien á desenvainar otra vez el acero, bien á estrechar la mano de aquellos á quienes hemos combatido lealmente. Suceda lo que quiera, ocupémonos de todos los medios propios para aumentar la fuerza y la riqueza de Francia, y estrechemos más aún, si es posible, la alianza formada por una comunidad de gloria y de sacrificios, en la que la paz pondrá más en relieve las ventajas recíprocas. En este momento solemne para los destinos del mundo, tengamos, en fin, confianza en Dios, para que guíe nuestros esfuerzos en el sentido más conforme con los intereses de la humanidad y de la civilización.»

Todo inducía á pensar que las ideas de conciliación acabarían por prevalecer, y que los trabajos del congreso tendrían un buen desenlace. Napoleón III se mostraba especialmente cortés con los representantes del tsar; y era evidente que Rusia tenía mala voluntad, no á Francia, sino á Inglaterra, y sobre todo al Austria. El conde Orloff decía, refiriéndose á los plenipotenciarios de esta nación: «Hablan como si hubieran conquistado Sebastopol.» Las sesiones se celebraban cada dos días, alternando con brillantes fiestas. El 16 de marzo, la atención pública dejó de fijarse en el congreso por un acontecimiento que al parecer ponía el colmo á los favores que la Providencia concedía entonces al antiguo prisionero de Ham. La emperatriz le dió un hijo.

XLVIII

EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL

El 12 de marzo de 1856 el arzobispo de París había dirigido al clero y á los fieles de su diócesis una pastoral que comenzaba así: «Mis muy queridos hermanos: Todo anuncia que no está lejano el momento en que nuestros votos y las oraciones que elevamos al cielo desde hace algunos meses, conforme á las piadosas intenciones del emperador, quedarán satisfechos al fin. La augusta compañera que el soberano hizo sentar á su lado en el trono después de recibirla de manos de Dios y de la Iglesia, le dará ahora el primer fruto de su unión y de las bendiciones celestiales. Dios, que es autor de toda paternidad, se dispone á coronar con sus donativos más preciosos esta casa, edificada por él mismo en medio de las borrascas y en la que un sol de las más brillantes prosperidades ilumina hoy la altura.»

La pastoral terminaba con estas palabras:

«La casa del príncipe es la nuestra; él es padre de la nación, y nada de lo que en ella pasa debe sernos indiferente..... Cuando el padre y el soberano se conmueven á la par, debemos participar de su emoción; y cuando nuestros ojos se elevan al cielo, debemos pedirle gracias de que seremos los primeros en aprovecharnos.

»Cuando el cañón anuncie el feliz alumbramiento de la emperatriz, la campana grande de nuestra catedral tocará durante una hora, así como las campanas de todas las iglesias, y el domingo siguiente al día del nacimiento se cantará, después de la misa mayor en la iglesia metropolitana y en todas las de nuestra diócesis, el *Te Deum* con la oración *Pro gratiarum actione* y la *Post mulieris partum*.»

El sábado, 15 de marzo, á eso de las cinco de la madrugada, la emperatriz comenzó á sentir los primeros dolores. Su camarera mayor envió aviso á los príncipes y princesas de la familia imperial, á los individuos de la familia del emperador con cargo en la corte, á los grandes dignatarios de la corona, á los ministros y presidente del Consejo de Estado, á los mariscales, á los almirantes, al gran canciller de la Legión de Honor, al gobernador de los Inválidos, al comandante superior de los guardias nacionales del Sena, al ayudante general de palacio y á los oficiales y las camareras de SS. MM. Todos estos personajes se apresuraron á ir al palacio de las Tullerías para quedarse allí hasta el alumbramiento